CAPÍTULO XV.

DE LA SEXTA PETICION.

Y no nos dexes caer en la tentacion.

1. Del gran peligro que hay de recaer despues de conseguido el perdon de los pecados.

No hay duda alguna que los hijos de Dios, despues de conseguido el perdon de sus pecados, quando encendidos en deseos grandes de dar á Dios veneracion y culto, suspiran por el Reyno celestial, y tributando á la Magestad divina todos los oficios de piedad, en todo están pendientes de su voluntad y paternal providencia, entónces señaladamente es quando el enemigo del linage humano inventa nuevos ardides, y arma contra ellos toda la batería para hacerles tan cruda guerra, que es muy de temer que retratando y dexando los buenos propósitos, tornen de nuevo á caer en los vicios, y salgan mucho peores de lo que fuéron ántes: pudiendo con razon decirse de ellos aquello del Príncipe de los Apóstoles: *Mejor les fuera no conocer el camino de la justicia, que despues de conocerle, volverse atrás de aquel santo mandamiento que les fué dado* (a).

2. Christo Señor nuestro quiso fortalecernos con esta peticion contra las astucias del enemigo.

Por esto ordenó Christo Señor nuestro esta peticion: para que cada dia nos encomendemos á su Magestad, é imploremos su paternal cuidado y defensa, estando muy ciertos de que si somos desamparados de su proteccion divina, luego caerémos en los lazos del astutísimo enemigo. Y no fué solo en esta regla de orar donde mandó pedir á Dios que no nos dexe caer en tentacion; sino tambien en aquellas palabras que cercano á su muerte dixo á los Apóstoles, quando despues de haberles dicho que estaban limpios, les recordó esta obligacion avisándoles de este modo: *Orad, porque no caygais en tentacion* (b). Esta amonestacion hecha segunda vez por Christo Señor nuestro, obliga á los Párrocos á poner gran diligencia sobre despertar á los fieles al frecuente uso de esta peticion: para que entre tantos lazos como á todas horas arma á los hombres su enemigo el demonio, pidan de continuo á Dios, quien solo puede librarlos: *No nos dexes caer en tentacion.*

3. Medios para conocer la gran necesidad de esta peticion.

Lo muy necesitado que está el pueblo fiel de esta ayuda divina, luego lo entenderá si hiciere memoria de su flaqueza é ignorancia, si se acordáre de aquella sentencia de Christo Señor nuestro: *El espíritu está pronto, mas la carne flaca* (c); y se le viniere al pensamiento quan desastradas, y quan funestas son las caidas de los hombres á impulsos del demonio, sino son sostenidos con el auxílio de la divina mano. ¿Qué exemplo mas patente puede haber de la miseria humana, que el sagrado Coro de los Apóstoles? Que estando poco ántes con tan grande ánimo, al primer encuentro, desamparado el Salvador, echáron á huir (d). Pero aun todavía el del Príncipe de los Apóstoles, quien entre tantas protestas de singular fortaleza y amor para con Christo Señor nuestro, y habiendo dicho poco ántes muy satisfecho de sí:

(a) 2. Petr. 2. (b) Matth. 26. (c) Ibidem. (d) Ibidem.

sí: *Aunque sea menester morir contigo, no te negaré* (a); poco despues aterrado á la voz de una mozuela, afirmó con juramento que ni siquiera conocia al Señor. Y es que no correspondian sus fuerzas á la valentía de espíritu que mostraba. Pues si cayéron desgraciadamente varones santísimos por la fragilidad de la naturaleza humana, en la que confiaban, ¿qué no tendrán por que temer los que están muy léjos de esa santidad?

4. De los muchos y grandes peligros á que estamos expuestos.

Por esto proponga el Párroco al pueblo fiel las batallas y peligros en que continuamente andamos mientras vivimos en este cuerpo mortal, donde por todas partes nos asaltan la carne, el mundo y el demonio. El poderío grande que en nosotros tienen la ira y la codicia, ¿quién hay que muy á costa suya no se vea obligado á padecerlo? ¿Quién no se ve acosado de estas punzadas? ¿Quién no siente estos aguijones? ¿Quién no se ve abrasado de las ardientes llamas de sus apetitos? Y á la verdad tantos son los golpes, y tan diversas las acometidas, que es muy dificultoso no recibir alguna herida de muerte. Y además de estos enemigos que habitan y viven dentro de nosotros, hay aquellos atrocísimos, de quienes está escrito: *No es nuestra lucha contra la carne y sangre, sino contra los principes y potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra las espirituales malicias en las cosas celestiales* (b).

5. De la fuerte guerra que el demonio nos hace segun estas palabras del Apóstol.

Júntanse á las guerras interiores los exteriores ímpetus é impresiones de los demonios, que ya nos embisten al descubierto, ya minan de secreto nuestras almas, de modo que apenas nos podemos defender de ellos. Y los llama el Apóstol *Principes* por la excelencia de su naturaleza: porque en ella aventajan á los hombres, y á todas las demás cosas sensibles. Dícelos *Potestades*, porque no solamente sobrepujan en la perfeccion de la naturaleza, sino tambien en el poder. Y los nombra *Gobernadores del mundo de estas tinieblas*: porque no gobiernan al mundo ilustrado y lucido, esto es, á los buenos y justos; sino al obscuro y tenebroso: que es á los que ciegos en las inmundicias y tinieblas de una vida perdida y desalmada, tienen sus delicias con el diablo, que es el Príncipe de las tinieblas. Llama tambien el Apóstol á los demonios *malicias espirituales*: porque hay dos malicias, la de la carne, y la del espíritu. La malicia que se dice *carnal*, enciende el apetito á libiandades y deleytes que se perciben por los sentidos. Las malicias *espirituales* son los malos deseos, y los apetitos depravados, que pertenecen á la parte superior del alma: los quales son tanto peores que los otros, quanto el entendimiento y la razon es mas alta y mas noble que la carne. Y como esta malicia de Satanás tira derechamente á privarnos de la herencia celestial, por eso dixo el Apóstol: *En las cosas celestiales.* De donde se dexa entender, que las fuerzas de los enemigos son grandes, su ánimo invencible, su ojeriza contra nosotros desmesurada é infinita, y que nos hacen una guerra tan continuada, que no es posible tener con ellos paz, ni dan treguas ningunas.

6. Quan grande sea la

Quan atrevidos sean los demonios consta de aquella voz de Satanás en el Profeta: *Al Cielo subiré* (c). Acometió á los primeros Padres en el Paraí-

(a) Matth. 26. (b) Ephes. 6. (c) Isai. 14.

audacia y malicia del diablo para tentar.

so (a). Embistió á los Profetas (b). Anduvo muy solícito por acribar á los Apóstoles como trigo, segun dice el Señor por el Evangelista (c). Y sobre todo no respetó ni aun al rostro del mismo Jesu-Christo (d). Y así expresó San Pedro su insaciable sed y diligencia inmensa por perdernos, quando dixo: *Vuestro enemigo el diablo, como leon que brama, anda enderredor buscando á quien tragarse* (e). Y no tienta á los hombres un demonio solo. Á tropas acometen á veces á cada uno. Así lo confesó aquel diablo, que preguntado por Christo Señor nuestro quál era su nombre, respondió: *Mi nombre es legion* (f). Esto es, multitud de demonios, que habian atormentado á aquel miserable. Y de otro está escrito: *Toma consigo otros siete espiritus peores que él, y entrando, moran allí* (g).

7. Los malos no son tan perseguidos del diablo como los buenos.

Muchos hay que por no sentir en sí en manera ninguna los impulsos é ímpetus de los demonios, piensan que todo esto es falso. Pero no es de extrañar que no les haga guerra el diablo, quando ellos mismos de su voluntad se entregáron á él. No hay en los tales piedad, no hay caridad, ni virtud digna de un Christiano. De aquí es, que como están enteramente en poder del diablo, no necesita de tentaciones para derribarlos: pues está aposentado en sus almas con mucho gusto de ellos mismos. Pero los que del todo se dedican á Dios, haciendo en la tierra vida celestial, estos señaladamente son el blanco de todos los tiros de Satanás, contra estos son sus rabias, y á estos arma asechanzas á cada momento. Llena está la historia de las Letras divinas de exemplares de varones Santos, á quienes pervirtió, ó á fuerza ó á traycion, aun estando ellos muy alerta. Adan (h), David (i), Salomon (k) y otros que sería largo de contar, experimentáron los furiosos ímpetus de los demonios, y su astucia sagaz, á la qual no se puede resistir por consejo ni fuerzas humanas. ¿Quién pues fiado en sí se tendrá por seguro? Y así debemos pedir á Dios piadosa y castamente, que no permita seamos tentados sobre lo que podemos, sino que junto con la tentacion nos dé fuerzas para que podamos sufrirla (l).

8. No tientan los diablos como, ni quando quieren.

Pero aquí deben ser confortados los fieles por si acaso algunos, ó por falta de fuerzas, ó por ignorancia del caso, se espantan del poder de los demonios, para que al verse combatidos de las olas de las tentaciones, se acojan al puerto de esta peticion. Porque Satanás con todo su poder y pertinacia, y odio capital contra nuestro linage, ni nos puede tentar, ni molestar quanto, ni por el tiempo que quiere; sino que todo su poder es gobernado por la voluntad y permiso de Dios. Muy sabido es el exemplo de Job. Ni habria Satanás tocado en sus bienes, sino le hubiera dicho el Señor: *He ahí todas quantas cosas tiene, están en tu mano* (m). Y al contrario, si Dios no hubiera añadido: *Empero no extiendas tu mano contra él*: al primer golpe del diablo, habria caido con todos sus hijos y haciendas. De tal manera está atada la fuerza de los demonios, que á no permitirlo Dios, ni hubieran podido tampoco entrar en aquellos cerdos, de quienes hacen memoria los Evangelistas (n). Mas

(a) Genes. 3. (b) 1. Paralip. 21. Job 1. (c) Luc. 22. (d) Matth. 4. (e) 1. Petr. 5. (f) Luc. 8. (g) Matth. 12. (h) Genes. 3. (i) 2. Reg. 11. (k) 3. Reg. 11. (l) 1. Corinth. 10. (m) Job 1. (n) Matth. 8. Marc. 5. Luc. 8.

9. Qué cosa es tentar, y cómo somos tentados por Dios.

Mas para que se entienda el alma de esta peticion, se ha de explicar qué significa aquí el nombre de *tentacion*, y qué es *caer en ella*. Tentar no es otra cosa que probar á aquel á quien se tienta para averiguar la verdad, sacando de él aquello que deseamos. Este modo de tentar no se puede hallar en Dios: porque ¿qué cosa ignora su Magestad? *Todas las cosas*, dice, *están desnudas y descubiertas ante sus ojos* (a). Hay otro modo de tentar, y es, quando prosiguiendo mas adelante, se suele preguntar alguna cosa, ó por bien ó por mal. Por bien, como quando se prueba la virtud de uno, para que siendo descubierta y conocida, el sea premiado y engrandecido, y su virtud propuesta por modelo para que la imiten los demás; y en fin, para que por esto se exciten todos á alabar á Dios. Solo este modo de tentar es el que puede hallarse en Dios. Y de esta tentacion tenemos exemplo en el Deuteronomio, donde se dice: *Tiéntaos vuestro Dios y Señor, para que se descubra si le amais, ó no* (b). De esta suerte se dice tambien que tienta el Señor á sus siervos, quando los apremia con pobreza, enfermedades y otros géneros de aflicciones: lo que hace, así para acrisolar su paciencia, como para que sean para otros documento y enorma de vida Christiana. Así leemos que tentó á Abrahan, para que le sacrificase su hijo (c), por cuya accion fué hecho exemplar de obediencia y paciencia rara, para eterna memoria entre los hombres. Y del mismo modo se dixo de Tobías: *Por lo mismo que eras agradable á Dios, fué necesario que la tentacion te probase* (d).

10. Cómo tienta el demonio á los hombres.

Por *mal* son tentados los hombres quando son inducidos al pecado ó perdicion. Este es oficio propio del diablo. Porque tienta á los hombres á fin de pervertirlos y precipitarlos. Por eso en las Sagradas Escrituras es llamado *el tentador* (e). En estas tentaciones unas veces nos pone estímulos interiores, valiéndose como de ministros de los mismos afectos y apetitos del alma. Otras acosándonos por defuera nos pone los tropiezos ó de las cosas prósperas para engreirnos, ó de las adversas para desmayarnos. Tiene tambien sus espias y correos, que son los hombres perdidos, y sobre todos los hereges, que sentados en la cátedra de pestilencia, esparcen las semillas mortales de doctrinas perversas: para derribar á aquellos que no hacen eleccion ó diferencia entre virtud y vicio, y que siendo hombres por sí inclinados al mal, andan vacilando y amenazando ruina.

11. De los modos que hay de caer en la tentacion.

Dícese que caemos en la tentacion, quando nos damos por vencidos de ella. Pero esto puede ser de dos modos. Uno, quando removidos de nuestro estado caemos en aquel mal, á que alguno nos empujó tentándonos. En este sentido ninguno es inducido á la tentacion por Dios: porque el Señor no puede ser causa del pecado; ántes aborrece á todos los que obran mal (f). Y Santiago dice: *Ninguno, quando es tentado, diga que es tentado por Dios: porque Dios no es tentador de males* (g). Demás de esto se dice que nos deja caer en tentacion aquel, que aunque no nos tiente, ni haga cosa alguna para que seamos tentados, sin embargo se dice que tienta, porque pudiendo prohibir, ó que nos venga ó que nos venza la tentacion, no lo impide. De

(a) Hebr. 4. (b) Deuter. 13. (c) Genes. 22. (d) Tob. 2. (e) Matth. 4. (f) Psal. 5. (g) Jacob. 1.

De este modo es cierto que permite Dios sean tentados los buenos y justos; mas no los desampara, sino que los sostiene con su gracia. Aunque tambien es cierto que algunas veces, por justos y ocultos juicios de Dios, y pidiéndolo así nuestros pecados, caemos dexados á nuestras propias fuerzas.

12. Los beneficios divinos nos ponen á veces en tentacion.

Dícese tambien, que Dios nos dexa caer en tentacion, quando abusamos para nuestra ruina de los beneficios que nos concedió para nuestra salud, y como el hijo Pródigo (*a*), desperdiciamos la hacienda del Padre viviendo perdidamente, y satisfaciendo á nuestros antojos. Por lo que podemos decir lo que el Apóstol dixo de la ley: *Se halló que el mandamiento, que fué dado para la vida, fuese para la muerte* (*b*). Exemplo muy del caso para el punto nos da Ezequiel en la Ciudad de Gerusalen, á la que Dios habia enriquecido con toda suerte de atavíos y adornos, tanto que dixo por boca de este Profeta: *Perfecta eras en mi hermosura, la que puse sobre ti* (*c*). Con todo eso esta Ciudad colmada de tantas riquezas divinas tan léjos estuvo de dar gracias á Dios, que tanto bien la habia hecho y hacía, y de aprovecharse de los beneficios para conseguir la bienaventuranza, por cuya causa los habia recibido; que ingratísima á su Padre Dios, desechada la esperanza y consideracion de los frutos del Cielo, toda se cebaba viciosa y estragadamente en la abundancia de la tierra: como muy por extenso lo declaró el Profeta en el mismo capítulo. Y en la misma nota de ingratos á Dios, caen aquellos que permitiéndolo él, hacen materia de vicios la abundancia de bienes que su Magestad les concedió para exercicio de virtudes.

13. Quando las Escrituras atribuyen á Dios el mal, debe entenderse que lo permite.

Pero acerca de esto es menester observar con cuidado el modo de hablar de la Escritura divina, la que á veces explica la permision de Dios con tales palabras, que si se toman rigurosamente, dan á entender como accion positiva en su Magestad: porque en el Exôdo se dice así: *Endureceré el corazon de Faraon* (*d*). Y en Isaías: *Ciega el corazon de este pueblo* (*e*). Y el Apóstol escribe á los Romanos: *Entrególos Dios á las pasiones de ignominia, y al sentido réprobo* (*f*). Pero en estos y otros semejantes lugares debemos entender, no que Dios hizo esto en manera ninguna, sino que lo permitió.

14. No pedimos aquí, que no tengamos tentaciones, sino que no nos desampare en ellas el Señor.

Supuestas estas cosas, es fácil entender qué es lo que pedimos en esta oracion. No pedimos pues que de ningun modo seamos tentados. *Porque la vida de los hombres es una tentacion sobre la tierra* (*g*). Esto es cosa útil y provechosa al linage humano. Porque en las tentaciones nos conocemos á nosotros mismos, esto es, nuestras fuerzas. Así tambien nos humillamos baxo la mano poderosa de Dios, y peleando varonilmente esperamos la incorruptible corona de la gloria (*h*). *Porque el que pelea en la lucha, no será coronado, sino peleáre legitimamente* (*i*). Y como dice Santiago: *Bienaventurado aquel que sufre la tentacion: porque quando fuere probado, recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido á los que le aman* (*k*). Y si alguna vez nos ponen en aprieto las tentaciones de los enemigos, será de gran consuelo contemplar, que tenemos por ayudador un Pontífice que puede compadecerse de nuestras flaquezas, como tentado tambien en todo (*l*). ¿Pues qué es lo que pe-

(*a*) Luc. 15. (*b*) Rom. 7. (*c*) Ezech. 16. (*d*) Exod. 4. (*e*) Isai. 6. (*f*) Rom. 1. (*g*) Job 7. (*h*) 1. Petr. 5. (*i*) 2. Tim. 2. (*k*) Jacob. 1. (*l*) Hebr. 4.

pedimos aquí? Que no seamos en las tentaciones desamparados del socorro de Dios, no sea que ó engañados consintamos en ellas, ó fatigados nos demos por vencidos: que nos acuda pronto con su divina gracia, y que nos recree y conforte en los males, quando desfallecieren nuestras fuerzas.

15. Que en nuestras tentaciones debemos implorar el socorro de Dios.

Por esto debemos implorar generalmente el socorro de Dios para todas las tentaciones, y asimismo acudir á la oracion, quando en particular nos vemos molestados de cada una de ellas. Así leemos que lo hacía David en casi todo genero de tentaciones. Porque contra la mentira oraba así: *No quites de mi boca en ningun tiempo la palabra de la verdad* (*a*). Contra la avaricia pedia de este modo: *Inclina mi corazon á tus divinas leyes, y no á la avaricia* (*b*). Contra las vanidades de esta vida, y alhagos de los apetitos, hacía esta oracion: *Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad* (*c*). Pedimos pues que no condescendamos con nuestros antojos, ni nos cansemos en sufrir las tentaciones, ni nos extraviémos del camino del Señor: de modo que nos mantengamos con ánimo igual y constante, así en las cosas prósperas, como en las adversas: y que no dexe Dios parte en nosotros desamparada de su proteccion. Pedimos en fin, que postre á Satanás debaxo de nuestros pies.

16. Cómo, y con qué favor saldremos victoriosos de las tentaciones.

Resta ahora que el Párroco exhorte al pueblo fiel sobre aquellas cosas que señaladamente debe considerar y meditar en esta peticion. En ella el mejor medio es, que contemplando quan grande es la flaqueza de los hombres, desconfiemos de nuestras propias fuerzas, y colocando toda la esperanza de nuestra salud en la benignidad de Dios, fiados en este auxílio, tengamos grande aliento aun en los mayores peligros: mayormente considerando á quantos fortalecidos con esta esperanza y ánimo sacó el Señor de las mismas gargantas de Satanás. ¿No libertó á Joseph rodeado por todas partes de las ardientes llamas de aquella muger furiosa, y del mayor peligro le ensalzó á la mayor gloria (*d*)? ¿No guardó salva á Susana, sitiada de diabólicos ministros, quando ya no habia cosa mas inmediata, que ser ajusticiada por aquellas malvadas sentencias? Pero no hay que admirar: *porque su corazon*, dice la Escritura, *tenia confianza en el Señor* (*e*). Insigne es la alabanza y la gloria de Job (*f*), quien triunfó de la carne, del mundo y del demonio. Muchísimos exemplos hay como estos, con los quales deberá el Párroco exhortar con cuidado al pueblo fiel á esta esperanza y confianza en el Señor.

17. Christo es el Capitan de nuestra milicia. Sus compañeros todos los Santos: los que no le siguen, son locos.

Piensen tambien los fieles á quien tienen por Capitan en las tentaciones de los enemigos, que es Christo Señor nuestro, quien de tal combate salió con tal victoria. Este Señor venció al demonio. *Este es aquel mas fuerte, que sobreviniendo, venció al fuerte armado, y le quitó las armas y despojos* (*g*). De la victoria que consiguió del mundo, nos dice por San Juan: *Confiad, que yo vencí al mundo* (*h*). Y en el Apocalipsis se dice este Señor: *Leon que vence* (*i*), *y que salió vecedor para vencer* (*k*). Y por esta victoria dió á sus siervos virtud para que venzan. Llena está la Epístola del Apóstol á los Hebreos de victorias de Santos, que por la fe venciéron Reynos, tapáron bocas de leones, y lo demás que allí se escribe (*l*). De estas hazañas que leemos obradas de

(*a*) Psalm. 118. (*b*) Ibidem. (*c*) Ibidem. (*d*) Genes. 39. et 41. (*e*) Daniel. 13. (*f*) Job 1. &c. (*g*) Luc. 11. (*h*) Joan. 16. (*i*) Apoc. 5. (*k*) Ibidem 6. (*l*) Hebr. 11.

de este modo, pasemos luego á considerar los gloriosos triunfos que de las batallas interiores y exteriores con los demonios consiguen cada dia hombres sobresalientes en Fe, Esperanza y Caridad: los quales son tantos y tan insignes, que si los viéramos, juzgaríamos que cosa ninguna podia acaecer ni mas frecuente, ni mas gloriosa. De la derrota de estos enemigos escribió San Juan estas palabras: *Escriboos, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y vencisteis al maligno* (a).

18. Cómo podremos vencer al demonio.

Pero al diablo se vence no con la ociosidad, el sueño ni el vino, no con la glotonería ó libiandad, sino con la oracion, trabajos y vigilias, y con abstinencia, continencia y castidad. *Velad, y orad*, nos dice, como ya referimos, *porque no entreis en tentacion* (b). Los que entran en esa lid con estas armas, hacen huir á los enemigos. Porque el diablo huye de los que le resisten (c). Pero en estas victorias que habemos referido de los Santos, ninguno se dexe llevar de alguna vana complacencia, ni se engría insolente, de modo que presuma que podrá con sus fuerzas sostener las tentaciones enemigas, y los ímpetus de los demonios. No es esto obra de nuestra naturaleza, no puede contra ellos la flaqueza humana.

19. Todas las fuerzas para vencernos han de venir de Dios.

Estas fuerzas con que postramos á los ministros de Satanás, son dadas por Dios. Este Señor es *el que pone nuestros brazos como arco de acero* (d), *con cuyo favor fué quebrado el arco de los fuertes, y los flacos ceñidos de fortaleza.* (e) *Este el que nos da el escudo de la salud, y cuya diestra nos abraza* (f), *el que adestra nuestras manos para la pelea, y nuestros dedos para la batalla* (g). De manera que á solo Dios debemos dar gracias, y reconocernos obligados por la victoria: porque solo podemos conseguirla con su auxilio y defensa. Así lo hizo el Apóstol: pues dice: *Demos gracias á Dios, quien nos dió victoria por nuestro Señor Jesu-Christo* (h). Á este mismo Señor predica por Autor de la victoria aquella voz del Apocalipsis, que dice: *Hecha es la salud, y la virtud, y el Reyno de nuestro Dios, y el poder de su Christo: porque ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, y ellos le vencièron por la sangre del Cordero* (i). Y el mismo libro testifica la victoria que Christo Señor nuestro consiguió del mundo y de la carne, donde dice: *Estos pelearán con el Cordero, y el Cordero los vencerá* (k). Hasta aquí de la causa y del modo de vencer.

20. Premios de los vencedores en las batallas espirituales.

Declaradas estas cosas, propondrán los Párrocos al pueblo fiel las coronas que Dios tiene guardadas, y la grandeza de los premios eternos señalados para los vencedores. Para esto tomarán los testimonios del mismo divino Apocalipsis. *El que venciere*, dice, *no recibirá daño de la muerte segunda* (l). Y en otro lugar: *El que venciere, será asi vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus Angeles* (m). Y poco despues el mismo Dios y Señor nuestro habla de este modo á San Juan: *Al que venciere, haré columna en el Templo de mi Dios, y nunca mas saldrá fuera* (n). Demás de esto dice: *Al que*

(a) 1. Joan. 2. (b) Matth. 26. (c) Jacob. 4. (d) Psalm. 17. (e) 1. Reg. 2. (f) Psalm. 17. (g) Ibidem 143. (h) 1. Corinth. 15. (i) Apocal. 12. (k) Ibidem 17. (l) Ibidem 2. (m) Ibidem 3. (n) Ibidem.

que venciere daré asiento conmigo en mi trono, asi como yo vencí y me senté con mi Padre en el trono suyo (a). Últimamente habiendo manifestado la gloria de los Santos, y aquel colmo eterno de bienes de que gozarán en el Cielo, añadió: *El que venciere poseerá estas cosas* (b).

CAPÍTULO XVI.

DE LA SÉPTIMA PETICION.

Mas líbranos de mal.

1. Quanto se dice en las peticiones antecedentes, se encierra en esta.

Todas las peticiones antecedentes encerró el Hijo de Dios en esta última, con la qual acabó esta oracion divina: y declarando su valor y peso, se valió de esta forma de orar, quando al despedirse de esta vida rogó á su eterno Padre por la salud de los hombres de este modo: *Ruégoos, que los libres de mal* (c). Y así en esta fórmula de orar que nos dió por su precepto, y confirmó con su exemplo, comprehendió sumariamente como en un epílogo la virtud y espíritu de las demás peticiones. Porque en habiendo alcanzado lo que pedimos aquí, nada nos resta que desear, como dice San Cipriano (d): pues pedimos de una vez la proteccion de Dios contra el mal, y conseguida esta, quedamos defendidos y seguros contra todos los tiros del demonio y del mundo. Siendo pues esta peticion tan importante como diximos, debe poner el Párroco diligencia suma en explicarla á los fieles. Diferéncíase de la antecedente, en que en esa pedimos ser librados de la *culpa*, en esta de la *pena*.

2. Qué cosas nos obligan á hacer esta peticion.

No es menester ponderar mucho á los fieles lo muy abrumados que se ven de trabajos y calamidades, y lo muy necesitados que están del socorro de Dios. Porque además de haber tratado con toda difusion muchos Escritores sagrados y profanos, á quales y á quantas miserias esté sujeta la vida de los hombres, apenas habrá uno que lo ignore por experiencia propia, ó por agena. Y todos están muy persuadidos á lo que dixo aquel espejo de paciencia Job: *El hombre nacido de muger, vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como flor, y luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanece en un mismo estado* (e). No se pasa dia que no venga señalado con alguna molestia ó incomodidad: como lo testifica aquella sentencia del Salvador: *Bástale al dia su malicia* (f). Bien que qual sea la condicion de la vida humana, lo declara el aviso del mismo Salvador, por el que nos enseña, que es menester tomar cada dia la cruz, y seguir á su Magestad (g). Así pues como siente cada uno quan trabajoso, y quan peligroso es este modo de vivir; así será fácil persuadir que debe pedirse á Dios *nos libre de mal*: mayormente quando cosa ninguna obliga mas á los hombres á pedir, que el deseo y la esperanza de verse libres de los trabajos que los oprimen, ó que los

(a) Apocalyps. 3. (b) Ibidem 21. Domin. (c) Job 14. (f) Matth. 6. (c) Joann. 17. (d) Serm. 6. de Orat. (g) Luc. 9.

los amenazan. Porque está muy impreso en las almas de los hombres acudir prontamente en los males al auxílio de Dios. Por esto dixo David: *Llénales, Señor, la cara de ignominia, y buscarán tu nombre* (*a*).

3. Cómo se ha de pedir á Dios nos libre de peligros y calamidades.

Pero aunque es en los hombres como natural invocar á Dios en los peligros y calamidades, con todo eso aquellos á cuya fidelidad y prudencia están encomendados, tienen particular obligacion de enseñarles el modo con que deben hacerlo. Porque hay hombres que contra lo mandado por Christo Señor nuestro trastornan el órden de la oracion. El mismo Señor que nos mandó acogernos á él en el dia de la tribulacion, nos señaló el modo con que debíamos hacerlo. Quiso pues que ántes que le pidiésemos que nos librase de mal, le suplicásemos que *sea santificado el nombre de Dios, que venga á nos su Reyno*, y las demás peticiones, por las quales, como por ciertas gradas, se sube á esta última. Pero algunos si les duele la cabeza, si el costado, si el pie, si pierden la hacienda, si se ven acosados de enemigos, ó amenazan peligros de hambre, guerra, peste, ó cosas tales, sin hacer caso de los primeros grados de la oracion, solo piden ser librados de aquellos males. Este modo de pedir es contra aquel mandamiento de su Magestad: *Buscad primeramente el Reyno de Dios* (*b*). Por eso los que piden derechamente, quando piden ser libres de calamidades, trabajos y males, todo lo ordenan á gloria de Dios. Y así David quando suplicaba: *Señor, no me arguyas en tu furor* (*c*), luego dió la razon, en que se mostró muy ansioso de la gloria de Dios, pues dice: *Porque no hay de los muertos quien se acuerde de ti: y en el infierno ¿quién te alabará* (*d*)? Y el mismo pidiendo á Dios usase con él de misericordia, añadió: *Enseñaré á los malos tus caminos, y los impíos se convertirán á ti* (*e*). Á este modo saludable de orar, y á imitar al Profeta han de ser incitados los fieles oyentes, y al mismo tiempo se les ha de enseñar la diferencia que hay entre las oraciones de los infieles, y las de los Christianos.

4. De diverso modo que los infieles piden los Christianos ser librados de males.

Es cierto que con grande ahinco piden los infieles á Dios que los libre de las enfermedades y dolores que padecen, y que les conceda escapar de los males que les molestan, ó les amenazan. Pero con todo eso ponen la principal esperanza de su salud en los remedios preparados por la naturaleza, ó por industria de los hombres. Y aun la medicina que les da qualquiera, aunque sea compuesta por encanto, hechizo, ó arte del demonio, sin el menor reparo se la toman, si les dan esperanza de sanar. De muy diverso modo proceden los Christianos. Porque estos en sus enfermedades, y en todas las demás cosas adversas, tienen á Dios por sumo refugio y amparo de su salud. Á solo su Magestad reconocen y veneran por Autor de todo bien, y por su libertador. Tienen por muy cierto que la virtud que hay en las medicinas, es dada por él; y tanto creen que aprovecharán á los enfermos, quanto el mismo Señor fuere servido. Porque Dios es quien dió á los hombres la medicina para curar las enfermedades. De aquí es aquella voz del Eclesiástico: *El Altísimo crió de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los despreciará* (*f*). Y así los que están alistados en la milicia de Jesu-Chis-

(*a*) Ps. 82. (*b*) Matt. 6. (*c*) Ps. 6. (*d*) Ibid. (*e*) Ps. 50. (*f*) Eccli. 38.

Christo, no ponen la primer esperanza de recobrar su salud en esos remedios, sino en el mismo Dios, que es el Autor de la medicina, y en quien confian señaladamente.

5. En las enfermedades solo se ha de fiar en Dios, quien sacó á muchos de muy graves peligros.

Por esta razon son reprehendidos en las Sagradas Letras aquellos, que fiados en las medicinas, no solicitan el auxílio de Dios. Pero al contrario aquellos que viven ajustados á las leyes de Dios, aborrecen todos los remedios que consta no ser ordenados por Dios para curar. Y aunque tuvieran por cierto que tomando tales medicamentos habian de conseguir la salud, sin embargo los mirarian con horror, como á cosa de encanto y artificio diabólico. Han de ser pues exhortados los fieles á confiar en Dios. Porque por esa razon el Padre benignísimo mandó que le pidiésemos nos librase de mal, para que por lo mismo que lo mandó, tuviésemos esperanza de conseguirlo. Muchos exemplos de esto hay en las Sagradas Letras, para que por esa muchedumbre de exemplos se vean precisados á confiar, los que se mueven ménos por razones á esperar como deben. Abrahan (*a*), Jacob (*b*), Lot (*c*), Joseph (*d*), David (*e*) están á la vista, como testigos muy calificados de la divina benignidad. Los sagrados libros del Testamento nuevo nos ofrecen tantos que fuéron librados de peligros muy grandes en virtud de la oracion devota, que no es necesario referir exemplos. Baste aquella sentencia del Profeta, que puede esforzar al mas desconfiado: *Clamáron los justos, y el Señor los oyó, y los sacó de todas sus tribulaciones* (*f*).

6. Qué se entiende aquí por nombre de *mal*, y qual es el sentido de esta peticion.

Síguese declarar la virtud y sentido de esta peticion: para que entiendan los fieles, que no pedimos aquí al Señor que nos libre enteramente de todos los males. Porque hay algunos que comunmente se juzgan males, y con todo eso son provechosos para los que los padecen: como aquel estímulo que fué dado al Apóstol (*g*), para que ayudándole la gracia de Dios, se acrisolase la virtud en la enfermedad. Estos males, una vez conocida su virtud, son para los buenos de sumo regalo, y están muy agenos de pedir al Señor los libre de ellos. Y por tanto solo pedimos á su Magestad nos libre de aquellos males, que no pueden hacer ningun provecho al alma. De los otros en manera ninguna, si se saca de allí algun saludable fruto.

7. De quáles y quántos males pedimos á Dios que nos libre.

Este es pues en suma el sentido de esta peticion: que una vez libertados del pecado, lo seamos tambien del peligro de la tentacion, y de todos los males interiores y exteriores: que estémos seguros del agua, del fuego y del rayo: que no destruya la piedra los frutos, que no padezcamos carestía de alimentos, ni alborotos, ni guerras. Pedimos á Dios que aparte de nosotros enfermedades, pestes y desolaciones; que nos libre de prisiones, cárceles, destierros, alevosías, trayciones, asechanzas, y todos los demás desastres, con que la vida humana se suele acongojar y oprimir mucho: y en fin, que nos libre de todas las causas de pecados y maldades. Y no solo pedimos que nos libre de las cosas que á juicio de todos son malas, sino tambien de aquellas que casi todos las tienen por buenas, como son las riquezas, las honras, la salud, la robustez, y aun la misma vida: pedimos, di-

(*a*) Genes. 12. (*b*) Ibidem 28. (*c*) Ibidem 14. (*d*) Ibidem 41. (*e*) 1. Reg. 21. (*f*) Psalm. 33. (*g*) 2. Corinth. 12.

digo, que no abusemos de ellas, ni se conviertan en daño y perdicion de nuestras almas. Pedimos tambien á Dios, que no seamos sorprendidos de muerte repentina; que no irritemos su divina ira contra nosotros; que no padezcamos las penas reservadas para los malos, ni seamos atormentados con el fuego del purgatorio: del qual piadosa y santamente rogamos sean librados los demás. Así explica la Iglesia esta peticion en la Misa y Letanías, conviene á saber, que *seamos libres de los males pasados, presentes y venideros.*

8. De varios modos nos libra Dios de los males, y á veces milagrosamente.

Y no de solo un modo nos libra de los males la benignidad de Dios. Porque detiene las calamidades que amenazan: como leemos que fué libertado aquel gran Jacob de los enemigos, que habia suscitado contra él la matanza de los Siquimitas; porque dice la Escritura: *El terror de Dios se apoderó de todas las Ciudades del contorno, y no se atrevieron á perseguir á los que se retiraban* (a). Y efectivamente todos los bienaventurados que reynan con Christo Señor nuestro en los Cielos, están ya libres por el favor de Dios de todo mal. Pero de ningun modo quiere su Magestad, que los que todavía andamos en esta peregrinacion, estemos libres de todos los males; mas nos libra de algunos, y viene á ser como libertar de todos aquellas consolaciones, que da á veces á los que están oprimidos de adversidades. Con estas se recreaba el Profeta, quando decia: *Segun la muchedumbre de los dolores de mi corazon, tus consolaciones alegráron mi alma* (b). Demás de esto libra Dios de los males á los hombres, quando reducidos á las últimas angustias, los saca sanos y salvos: como leemos que sucedió con los niños arrojados en el horno encendido (c); y con Daniel, á quien nada dañáron los leones (d), como ni la llama tocó á los niños.

9. El diablo se llama el malo, por ser autor de la culpa y verdugo de la pena.

Tambien, segun el sentir de los Santos Basilio el Grande (e), Crisóstomo (f) y Augustino (g), es llamado aquí principalmente *el malo* el demonio; por ser el autor de la culpa de los hombres, esto es, de la maldad y pecado; del qual tambien se vale Dios, como de verdugo, para exígir las penas de los impíos y malos. Porque Dios es quien da á los hombres todo el mal que padecen en pena de su pecado. Y conforme á esto dicen las Sagradas Letras: *¿Si habrá mal en la Ciudad, que no le haya hecho el Señor* (h)? Mas: *Yo soy el Señor, y no hay otro, que formo la luz, y crio las tinieblas, hago la paz, y crio el mal* (i).

Tambien se dice *el malo* el demonio; porque sin hacerle nosotros mal ninguno, con todo eso nos hace perpetua guerra, y nos persigue con odio mortal. Y aunque estando nosotros armados con la fe, y guarnecidos con la innocencia, no nos puede dañar; eso no obstante, nunca cesa de tentarnos con males externos, ni de molestarnos por quantos caminos puede. Y por esto pedimos á Dios nos libre de este mal.

10. Por qué decimos de *mal*, y no de *males*.

Decimos *de mal*, y no *de males*; porque los males que nos vienen de los próximos, se los atribuimos al diablo, como autor y atizador. Por esto no debemos airarnos contra los próximos, sino volver toda nuestra saña y enojo con-

(a) Genes. 35. (b) Psalm. 93. (c) Daniel. 3. (d) Ibidem 14. (e) Homil. Quod Deus non est Aut. peccati. (f) Homil. 20. in Matth. (g) De Eccles. Dog. cap. 37. (h) Amos 5. (i) Isai. 45.

contra el mismo Satanás, quien impele á los hombres á hacer las injurias. Y así si el próximo te hace alguna ofensa, quando hagas oracion á Dios Padre, pídele no solo que te libre de mal, esto es, de los agravios que el próximo te hizo; sino tambien que libre á tu próximo de la mano del diablo, por cuyo impulso son inducidos los hombres al engaño.

11. Qué debemos hacer en los males, aunque de pronto no nos veamos libres.

Ultimamente se ha de saber, que si en las oraciones y súplicas no somos librados de los males, debemos llevar con paciencia los que nos afligen; teniendo por cierto, que es del agrado de Dios que los padezcamos con resignacion. Por esto en manera ninguna nos debemos impacientar, ni darnos por sentidos de que Dios no oiga nuestras oraciones; sino que es menester remitirlo todo á su disposicion y voluntad: creyendo que aquello es útil, y aquello es saludable, que agrada á Dios que sea así; y no lo que al contrario nos parece á nosotros.

12. Los grandes provechos que nos acarrean las tribulaciones.

En fin, se ha de enseñar á los piadosos oyentes, que mientras van siguiendo la carrera de esta vida, deben estar apercibidos para llevar todo género de trabajos y penalidades con ánimo no solo igual, sino tambien alegre. *Porque todos los que quieren*, dice, *vivir piadosamente en Jesu-Christo, padecerán persecucion* (a). Item: *Por muchas tribulaciones es menester que entremos en el Reyno de Dios* (b). Mas: *¿Por ventura no fué menester que Christo padeciese de ese modo, y que entrase así en su gloria* (c)? No es justo que sea el siervo de mejor condicion que su señor: como es cosa fea, segun San Bernardo, haber miembros delicados debaxo de una cabeza coronada de espinas (d). Muy esclarecido es el exemplo de Urías, que se nos propone para que le imitemos: que aconsejándole David se detuviese en su casa, respondió: *El arca de Dios, é Israel y Judá habitan en tiendas de campaña; ¿y yo habia de entrar en mi casa* (e)? Si venimos á hacer oracion armados con estas razones y consideraciones, supuesto que por todas partes nos vemos apretados y cercados de males, lograrémos, ya que no sea salir sin lesion, como los tres niños sin tocarles el fuego; por lo ménos llevarémos las adversidades con constancia y valor como los Macabeos (f). En las afrentas y tormentos imitarémos á los sagrados Apóstoles, que siendo azotados, se alegraban sobremanera por haber sido tenidos por dignos de padecer deshonras por Jesu Christo. Estando pues nosotros con los mismos afectos, cantarémos con grande regocijo del alma: *Los Principes me han perseguido sin causa: mas de tus palabras tuvo miedo mi corazon: holgarme he sobre tus mandamientos, como aquel que encontró muchos despojos* (g).

CAPÍTULO XVII.

DE LA ULTIMA PALABRA DE LA ORACION DEL PADRE NUESTRO,

Que es *Amen*.

1. Del uso y frutos grandes de esta palabra.

Sello de la oracion del Señor llamó á esta palabra San Gerónimo en los Comentarios sobre San Mateo (h); y realmente lo es. Por esto así como ántes pre-

(a) 2. Tim.3. (b) Act. 14. (c) Luc.24. (d) Serm.5. de Omn. SS. (e) 2.Reg.11. (f) 1. Machab. 2. (g) Psalm. 118. (h) In cap. 6. Matth.

previnimos á los fieles sobre la preparacion con que se deben disponer para comenzar esta divina oracion; así ahora juzgamos conveniente hacer que conozcan la causa y modo del remate, y del fin de la misma oracion. Pues no importa ménos empezar con diligencia, que acabar con devocion las oraciones sagradas. Tenga pues entendido el pueblo fiel, que son muchos y copiosos los frutos que percibimos del fin de la oracion del Señor: pero el mas abundante y mas gustoso de todos es el conseguir lo que habemos pedido: acerca de lo qual ya se dixo arriba lo bastante. Mas no solo alcanzamos por esta última parte de la oracion, que sean oidas nuestras peticiones, sino tambien otras cosas tan grandes y excelentes, que no hay palabras con que poder declararlo.

2. De los grandes bienes que produce la oracion.

Como los hombres quando oran están hablando con Dios, de aquí es, dice San Cipriano (a), que por un modo inefable está mas cerca de ellos la Magestad divina, que de los demás, y los enriquece con singulares dones: de suerte que los que devotamente oran á Dios, vienen á ser como los que se arriman al fuego, que si están frios, se calientan, y si calurosos, se abrasan: pues así los que se llegan á Dios por la oracion, salen mas fervorosos, segun la medida de su devocion y fe. Porque se enardece su alma para la gloria de Dios, se ilustra su entendimiento por un modo admirable, y son cumplidamente colmados de divinos dones: pues escrito está en las Sagradas Letras: *Le previniste con bendiciones de dulzura* (b). Exemplo es para todos aquel gran Moysés, cuyo rostro brillaba con un resplandor divino, quando salia del trato y coloquio con Dios, en tal manera, que no podian los Israelitas poner en él los ojos (c). En suma los que hacen oracion con fervoroso afecto, gozan por un término maravilloso de la benignidad y Magestad de Dios. *Por la mañana*, dice el Profeta, *me representaré á ti, y veré que tú no eres Dios, que quiere la maldad* (d). Quanto mejor entienden estas cosas los hombres, tanto veneran á Dios con culto y devocion mas encendida, y experimentan con mayor regalo *quan suave es el Señor, y quan verdaderamente son bienaventurados los que esperan en él* (e). Luego ilustrados con aquella clarísima luz, contemplan quanta sea su baxeza, y quanta sea la Magestad de Dios, segun aquella regla de San Agustin: *Conózcate, Señor, á ti, y conózcame á mí* (f). De aquí se sigue que desconfiando de sus fuerzas, se entregan de todo á todo á la benignidad de Dios, no dudando en manera ninguna, que abrazándolos con aquella su paternal y maravillosa caridad, les ha de proveer con toda abundancia de quanto necesiten, así para la vida temporal, como para la eterna. De aquí se vuelven á dar á Dios todas aquellas gracias que pueden concebir, y aciertan á explicar: como leemos lo hizo el gran David, quien habiendo empezado su oracion de esta forma: *Hazme salvo, Señor, de todos los que me persiguen*; la acabó de este modo: *Daré gracias al Señor conforme su justicia, y cantaré Salmos al nombre del Altísimo* (g).

3. Por qué las oraciones de los justos empiezan con temor, y acaban con alegria.

Estas oraciones de los Santos son innumerables. Su principio está lleno de temor; pero el fin de esperanza y alegria grande. Pero merece toda admiracion

(a) De Orat. Domin. (b) Psalm. 20. (c) Exod. 34. (d) Psalm. 5. (e) Ibidem 33. (f) In Solil. lib. 1. cap. 1. (g) Psalm. 7.

cion lo que en esta materia sobresalen las oraciones del mismo David. Porque habiendo empezado, perturbado de miedo, á orar de este modo: *Muchos se levantan contra mí: muchos dicen á mi alma, no hay salud para ella en su Dios* (a). De allí á poco, cobrando alientos, y rebosando gozos, añadió: *No temeré millares del pueblo que me cerca.* Y en el Salmo siguiente, habiéndose lamentado de su miseria, á lo último, confiado en Dios, se alegra increiblemente con la esperanza de la eterna felicidad, diciendo: *En paz y en uno dormiré y reposaré* (b). ¿Y qué dirémos de aquella: *Señor, no me arguyas en tu furor, ni me castigues en tu saña* (c)? ¿Con quanto temblor y palidez se habrá de creer que dixo esto el Profeta? Pero al contrario ¿con quanta confianza y alegria lo que luego se sigue: *Apartaos de mí todos los obradores de maldad; porque ha oido el Señor la voz de mi llanto.* Quando temia tambien la ira y furor de Saul, ¿con qué humildad y rendimiento no imploraba el socorro de Dios? *Señor, sálvame en tu nombre, y júzgame en tu virtud* (d). Pero despues confiado y alegre dice en el mismo Salmo: *He aquí Dios es el que me ayuda, y el Señor quien se encarga de mi alma.* Y así el que se acoge á la oracion, llegue á su Padre Dios armado de fe y esperanza, de suerte que en manera ninguna desconfie poder lograr quanto necesitare.

4. En qué sentido se toma aquí esta palabra *Amen*; y por qué en la Misa se reserva para el Sacerdote.

Muchas, como semillas de las razones y consideraciones que hemos propuesto, están encerradas en la última palabra de esta oracion divina *Amen*. Esta voz hebrea fué muy repetida por nuestro Salvador; y el Espíritu Santo quiso que se retuviese en la Iglesia de Dios. Ella en suma viene á decir: *Ten entendido que han sido oidas tus oraciones.* Porque es como una respuesta de Dios, que despide con agrado al que ya con sus oraciones ha conseguido lo que pretendia. Este sentido está comprobado por la perpetua costumbre de la Iglesia de Dios: la qual no quiso que quando se pronuncia el *Pater noster* en el Sacrificio de la Misa, dixesen la voz *Amen* los Ministros que responden *Sed libera nos à malo*; sino que la reservó como propia para el mismo Sacerdote: quien como mediañero entre Dios y los hombres, responde al pueblo, *que ha alcanzado lo que pedia á su Magestad.*

5. Por qué solo en la Misa responde *Amen* el Sacerdote.

No es este rito comun de todas las oraciones, sino propio de la oracion del Señor. Porque en las demás oraciones es accion de los Ministros responder *Amen*: por quanto en esas solo significa esa voz el consentimiento y deseo nuestro. Pero en esta es respuesta de Dios, quien se ha dignado conceder lo que se pedia.

6. Varias exposiciones de la voz *Amen*.

De varios modos han interpretado muchos la palabra *Amen*. Los setenta Intérpretes entendiéron *Hágase*. Otros lo mismo que *verdaderamente*. Aquila dixo que *fielmente*. Pero poco importa que se explique de uno ó de otro modo, con tal que entendamos que encierra la virtud que ya diximos, de ser respuesta del Sacerdote, que afirma haberse conseguido lo que se pedia. En este sentido la entiende el Apóstol, quando dice en la Epístola á los de Corinto: *Porque todas las promesas de Dios se han verificado en Christo. Y así por el mismo decimos amen á Dios para gloria nuestra* (e). Es tambien esta voz acomodada para nosotros: por ser como confirmacion de las peticiones que acabamos de hacer, y

(a) Psalm. 3. (b) Ibidem 4. (c) Ibidem 6. (d) Ibidem 53. (e) 2. Corinth. 1.

y por despertar la atencion de los que oran. Porque muchas veces sucede que distraidos los hombres en la oracion, se divierten con varios pensamientos en cosas diversas; mas con esta voz pedimos con gran fervor, que se haga todo: esto es, que se conceda quanto hemos pedido: ó mas bien entendiendo que ya lo hemos alcanzado, y sintiendo presente la virtud del auxílio de Dios, decimos á una con el Profeta: *He aquí Dios me ayuda, y el Señor quien se encarga de mi alma* (*a*). Y no tenemos por que dudar de que se mueva Dios, así por el nombre de su divino Hijo, como por la palabra, que con tanta frecuencia repitió, el que, como dice el Apóstol: *Siempre fué oido por su reverencia* (*b*). Á quien sea honor y gloria en los siglos de los siglos. Amen.

(*a*) Psalm. 53. (*b*) Hebr. 5.

INDICE

DE LOS EVANGELIOS

QUE SE CANTAN EN LOS DOMINGOS Y FIESTAS principales del año con remisiones á este Catecismo, ordenado de modo que en tales dias puedan los Párrocos y Predicadores hallar de pronto doctrínas con que instruir á los fieles en la Religion, despertándolos á aborrecer el vicio y amar la virtud: como el mismo Catecismo lo previene en su Prólogo, y lo pretende por él nuestra Madre la Iglesia.

El primer número y el seguido á la p. *señala la página: y el seguido á la* n. *el marginal, y el* sig. *los siguientes, quando pasan de tres: porque si no, se señalan.*

DOMINICA I. DE ADVIENTO.

Erunt signa in Sole, et Luna, &c. Luc. 21. Aquí se trata del Juicio universal. Se recurrirá al Artículo 7. del Credo, y á la Dominica 24.

Si segun el rito de algunas Iglesias se canta el Evang. *Ecce Rex tuus, &c.* se buscará en la Dominica de Ramos.

DOMINICA II. DE ADVIENTO.

Cum audisset Joannis in vinculis, &c. Matth. 11. Quiere nuestra Madre la Iglesia prepararnos, para recibir al Señor que viene á redimirnos de las cadenas del pecado y del demonio. Por ser muy necesaria la fe de este artículo, desde el principio y sucesivamente hasta que vino, la manifestó por varias profecías y figuras hasta San Juan su Precursor, que le habia de señalar con el dedo, como el mismo Señor dixo en este paso. Por eso se propone hoy entre cadenas. Véase el Artículo 2 y 5, y p. 24, n. 1, p. 27, n. 10.

In vinculis. San Agustin: *Lex ad Evangelium transmittit.* La ley pide el socorro de la gracia: porque sin él no se puede cumplir. En cada artículo de los que pertenecen á la Santa Humanidad y en el Capitulo 1 de la III. Parte se hallará doctrína para explicar esto. Véase en el Indice *Ley* y *Gracia*.

In vinculis. Debemos confesar á cara descubierta la fe entre cárceles, cadenas y muertes, 9, n. 3 y 4, p. 122, n. 22 y 24, p. 222, n. 5.

In vinculis. En las cadenas de los pecados acudir á Christo. Véase el Artículo 10 el Sacramento de la Penitencia, n. 1, p. 166, n. 43 y sig. y la Peticion 5.

In vinculis. En las tribulaciones clamar á Dios, 222, n. 6 y toda la ultima Peticion.

Mittens duos. Aquí el Santo Precursor enseña el gran cuidado que debemos poner en que los que están á nuestro cargo, sean bien instruidos, remitiéndolos á Christo, y á sus fieles Ministros. Prólogo, n. 7. 8, 10, 11, 12 y 13.

Tu es, qui venturus es? Sola esta venida nos pudo salvar, 19, n. 3 y sig.

Cæci vident, &c. Responde el Señor por las obras que de él estaban profetizadas: porque habia de cumplir todas las profecías, 19, n. 4. y sig. pag. 27, n. 10, p. 30, n. 5, p. 35, n. 14, p. 38, n. 6.